

LA MIRADA DEL DORADO

Era una fría tarde de julio, en la que el Río Paraná se veía tan hermoso como siempre. Las aguas resplandecían frente a los últimos rayos del Sol y el cielo estaba pintado de un bonito color naranja. El Dorado se encontraba maravillado ante el atardecer de la Costanera correntina, mientras esperaba la llegada de sus más cercanos amigos. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se encontró con la Boga, el Bagre y el Pacú, debía admitir que los extrañaba. Ensimismado en sus pensamientos como estaba, no vio llegar al Pacú, quien en su apuro casi lo choca.

—¡Mira por dónde nada! —dijo la Boga mirando con reproche al Pacú, quien se veía apenado por su descuido—. Perdón por la tardanza, tuve que buscarlo porque se olvidó de la reunión.

—Lo siento, tengo problemas para recordar las fechas y confundí los días —se excusó el Pacú.

—No hay problema, ¿No vieron al Bagre? —preguntó el Dorado.

—¿No llegó todavía? —indagó la Boga, la sorpresa palpable en su voz—Que raro, siempre es tan puntual.

—Eso es lo que me preocupa. Quizás... —comenzó el Dorado con tristeza, pero fue interrumpido antes de terminar.

El Bagre había llegado tan elegante como siempre y con sus bigotes flotando a su alrededor, dándole un aire de importancia.

—Disculpen por la demora, casi me atrapa una red, pero logré escapar—informó el Bagre con enojo en su voz.

—¡Qué suerte que te encuentras bien! Nos tenías preocupados —dijo el Pacú con alegría—. Ahora que estamos todos, ¿Puede alguien decirme por qué los humanos están usando esas cosas en sus caras?

La Boga lo miraba con curiosidad, intentando descifrar a qué se refería, hasta que su rostro adquirió una expresión de reconocimiento.

—¿Los barbijos? Escuché que es por un virus que está circulando y los usan para evitar contagiarse. Por esa razón, es que hay pocos de ellos caminando por esta zona en estos días.

—Ah, ¿Puede ser un virus también lo que está afectando al río y causando que el caudal disminuya? —preguntó el Pacú con curiosidad.

Antes de que el Dorado pudiera responderle, el Bagre decidió interrumpirlo de nuevo, con un brillo enfurecido en sus ojos.

—No, el único virus son los humanos que talan los árboles en el Amazonas, sin preocuparse por la falta de lluvias que eso ocasiona y que hacen que el río se vea afectado severamente por su culpa.

—Los humanos no son un virus —defendió la Boga—. Ellos se encargan de cuidarnos porque les proporcionamos alimento y trabajos con el turismo, en guías, alojamientos y gastronomía.

—Si nos cuidarán, sólo pescarían de forma sustentable. No como lo que están haciendo ahora. Aprovechan el bajo caudal para extraernos con facilidad y en cantidades innecesariamente grandes, justo en un momento en el que nuestra reproducción está comprometida por el estrés que esta situación nos genera.

Sabiendo que la Boga y el Bagre discutirían por un largo rato, el Pacú y el Dorado, decidieron nadar un poco más lejos para conversar de otro asunto que los estaba preocupando.

—El otro día vi una botella de plástico y unos papeles, flotando en el río —dijo el Dorado con angustia—. Por lo visto, los humanos siguen sin preocuparse por dejar de contaminar el ambiente.

—Sí creo que deberían...

Mientras el Pacú hablaba, el Dorado reflexionó sobre todos los daños que esos objetos pueden causar en los ecosistemas y cómo esa falta de cuidado puede ocasionar, incluso, la extinción de especies autóctonas. La discusión de sus amigos resonaba en el fondo de su cabeza, pero decidió no intervenir todavía, tenía que empezar a dejar que resolvieran sus diferencias sin su ayuda. La Boga y el Bagre tenían opiniones muy distintas en la mayoría de los temas. Donde la Boga era optimista y le gustaba pensar solamente en lo bueno, el Bagre siempre se quejaba y tenía opiniones negativas que compartir. El Dorado quería mucho a sus amigos... pero sus diferentes opiniones siempre le terminaban causando dolor de cabeza y lo forzaban a intervenir antes de que una de sus discusiones se convirtiera en una seria pelea.

El Pacú notó que el Dorado había dejado de escuchar y decidió cambiar de tema para llamar su atención.

—Creo que tanto el Bagre como la Boga tienen razón. Pero también pienso que los humanos deberían tener en cuenta que el bajo caudal y la depredación no afectan sólo a los peces, sino que también a todo el resto de la fauna, como ser los carpinchos, las iguanas, las tortugas y los yacarés.

El Dorado salió de sus cavilaciones y miró fijamente al Pacú, cuando estaba a punto de responderle, escuchó un fuerte grito detrás de ellos. Ambos se giraron y vieron a la Boga gritándole al Bagre. Finalmente, dándose cuenta de que no estaban por resolver este problema sin su ayuda, el Dorado intervino.

—Creo que cuando vuelva a llover y empiece a subir el caudal, la situación del Río Paraná se normalizará —dijo mientras alternaba la mirada entre la Boga y el Bagre—. Con suerte, para ese momento, los humanos habrán empezado a reflexionar sobre la importancia de mantener el equilibrio en el ecosistema, comenzarán a valorar a las especies autóctonas y evitarán la sobreexplotación para no causar la extinción de ningún animal.

Cuando la superficie se encontraba iluminada por el brillo de la Luna y la oscuridad de la noche envolvía las aguas, el Dorado pensó que la hora de despedirse había llegado y junto con sus amigos, prometieron volver a verse en el mismo lugar dentro de un mes.

Se despidieron y cuando únicamente quedaban la Boga y el Dorado, esta última lo detuvo.

—Creo que la situación va a mejorar pronto —dijo la Boga mirando hacia las estrellas.

—Espero que lo haga —contestó el Dorado, mientras posaba su mirada sobre la Luna y se dejaba maravillar por su belleza.

NOMBRE: Lara Aguirre Serantes

DNI: 46717986

Categoría: Sub 15

santiago.saucedo@educarsrl.com.ar

TEL: 4422017

